

opinión

HACE 25 AÑOS

El doctor Arnulfo Arias Madrid, tres veces presidente de la República, anuncia la inscripción de un nuevo partido político, el cual llamó Partido Panameñista Auténtico.

La Prensa

FUNDADO EN 1980
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE
Fernando Berguido

PRESIDENTE FUNDADOR
I. Roberto Eisenmann Jr.
DIRECTORES EMÉRITOS
Winston Robles
Guillermo Sánchez Borbón

DIRECTORA
Siaska Salcedo S.

SUBDIRECTOR
Ricardo Lombana

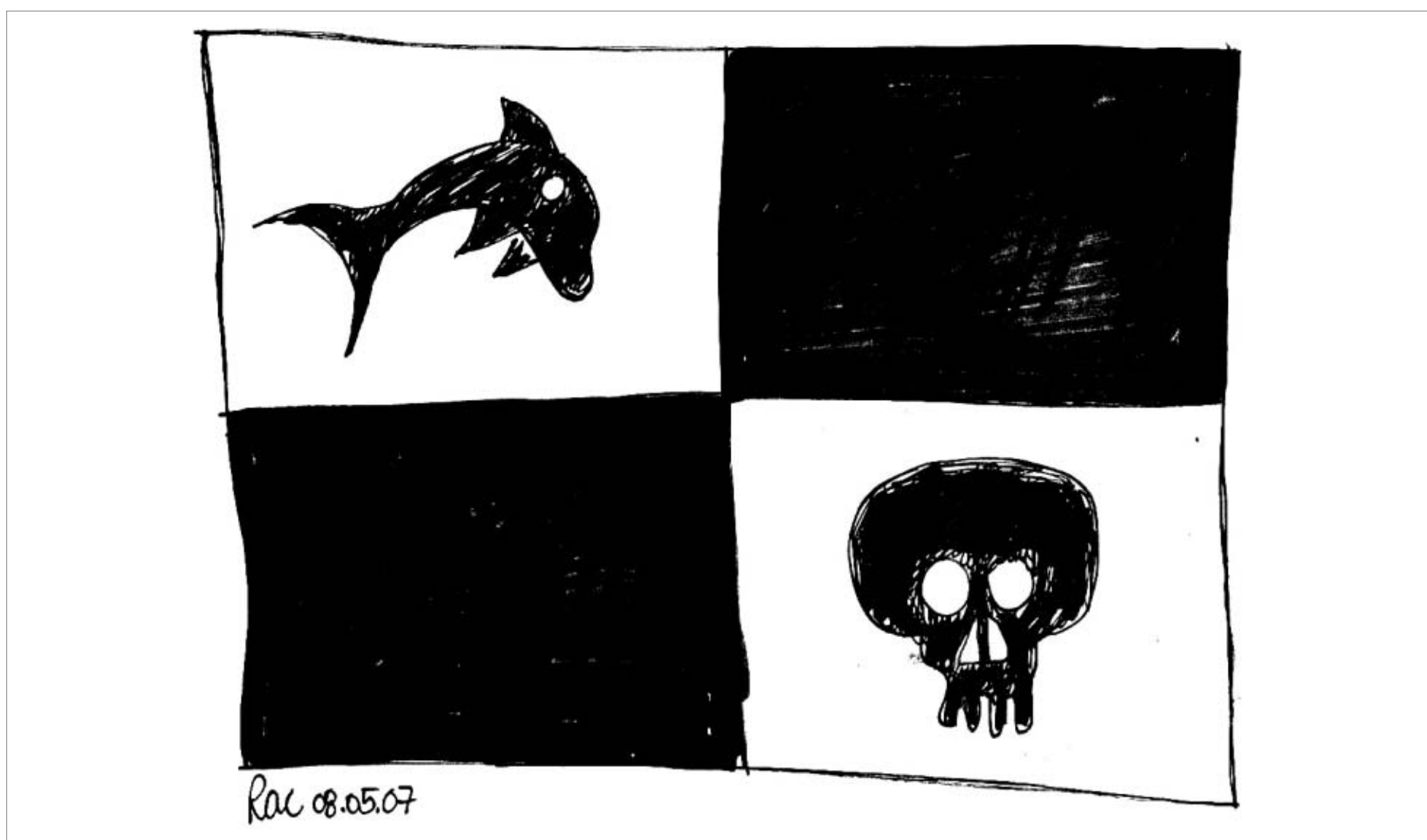
EDITORES:
Gionela Jordán y Cecilia Fonseca, (Jefas de Información), Rolando Rodríguez B. (Fin de Semana), Lina Vega (Política), Juan Luis Batista (Sociales), Marianella Ferrer (Judiciales), Daniel Rodríguez (Nacionales), Nubia Aparicio (Opinión), Rafael Calvo (Deportes), Tilia Delgado (Mundo), Marianela Palacios (Negocios), Tamara del Moral (Vivir +), Lourdes de Obaldía (Diseño), Demóstenes Ángel (Fotografía), Yasmína Reyes (Defensora del Lector), Luzmila de Flamarique (Corrección)

GERENTE GENERAL: Juan Luis Correa
GERENTES: María E. de García de Paredes (Finanzas), Irma de Ribal (Comercialización), Juan Carlos Planells (Operaciones), Julio Moltó (Nuevos Medios)

La opinión de **La Prensa** se expresa únicamente en el **HoyxHoy**. Los artículos de opinión así como las caricaturas son responsabilidad exclusiva de sus autores.

REDACCION: 221-7515 - **PUBLICIDAD:** 323-7400
ADMINISTRACIÓN: 221-7537 - **SUSCRIPCIONES:** 222-9030 - **SUPLEMENTOS:** 323-7264

[OPINIÓN DE RAC]



PREOCUPACIÓN CIUDADANA.

Panamá: La ciudad (I)

Nicolás Ardito Barletta

La ciudad de Panamá es nuestro principal centro urbano, con su ambiente cosmopolita, con 1.2 millón de habitantes en el área metropolitana que incluye a San Miguelito, y con características propias que la proyectan como una ciudad de singular potencial. Por otro lado, una serie de factores, como la falta de infraestructura adecuada, y la reducción acelerada de espacios y verdor, ponen en peligro su consolidación como gran ciudad, atractiva y agradable para propios y extraños. A pesar de los planes existentes, el avasallador ritmo de densas y desordenadas construcciones y la muy escasa atención urbanística van limitando aceleradamente su potencial. Hay fuertes señales de preocupación ciudadana (Ej.: la Alianza Pro Ciudad) y aún de algunas autoridades, pero hay que actuar ya para ordenar el proceso con el objetivo de salvaguardar el bien común de todos los residentes.

Las condiciones especiales de contar con Amador, el Casco Antiguo, Balboa (el pueblo anglosajón), la bahía, la parte moderna

de la ciudad, Panamá La Vieja, el cerro Ancón y la entrada del Canal, el Parque Metropolitano, le dan características propias diversas que enriquecen a la ciudad, definiendo su singular personalidad a la orilla del mar. Desde el Casco Antiguo, La Exposición, Bella Vista y La Cresta, la parte moderna de Punta Paitilla, Marbella, Campo Alegre, El Cangrejo y Obarrio, se aprecia una variedad arquitectónica que va en orden histórico lineal, por la configuración de la ciudad, desde los siglos XVIII y XIX a cada una de las décadas del siglo XX. Todo ese contraste se puede apreciar mejor porque las distancias son cortas. Solo pararse en el sitio de la estatua de Balboa, mirando a ambos lados de la bahía, lleva a los sentidos la dramática belleza del contraste.

Pero la ciudad también conforma el hábitat donde vivir, trabajar, convivir y compartir, combinando la paz residencial con la dinámica del trabajo, y el bullicio del transporte, el comercio y la recreación social. Como tal debe ser a la vez funcional y placentera, eficiente y afectiva, estimulante y estética, como son las grandes capitales del

mundo. Calidad de vida urbana debe ser el criterio que nos una a todos los ciudadanos para definir el bien común de los residentes de la capital.

El extraordinario auge de construcción desorbitada de grandes torres por todas partes, aunque tiene algunos beneficios coyunturales, rápidamente va destruyendo el potencial de la ciudad. Ocurre con los cambios bruscos en la zonificación inconsulta con los vecindarios, sin infraestructura vial y de todo tipo adecuada para acomodar racionalmente los aumentos de densidad, sin atención a proteger servidumbres, aceras, áreas verdes, espacios abiertos, edificios de valor arquitectónico histórico, espacios públicos de recreación para jóvenes y ancianos. Lo hecho hasta ahora permite vislumbrar el peligro de que, con todo lo proyectado en construcción desordenada, dentro de escasos cinco años la ciudad habrá perdido buena parte de su calidad, eficiencia y atractivo, inclusive para los extranjeros que ahora vienen a comprar una segunda residencia.

El tráfico excesivo, sin avenidas ni calles apropiadas, el ruido, la contaminación ambiental, la falta de

estacionamientos, Ud. puede seguir enumerando las carencias ya evidentes. Falta disciplinar, con sentido de coherencia urbanística, con una zonificación racional y con perspectiva de futuro, con reglas firmes de orientación, lo bueno que implica un auge hacia tener una ciudad más cosmopolita en sus actividades económicas, sociales y culturales, con un mayor contingente de turismo y residentes extranjeros. Los caudales de bonanza no se dejan desbordar en fuerzas destructivas; se canalizan mediante la institucionalidad, el buen sentido y el claro concepto del bien común para proteger y esparcir suavemente sus beneficios.

La avenida Balboa es un ejemplo. ¿Por qué torres de 100, 90 y 80 pisos, de las más altas del mundo en una ciudad tan pequeña? ¿Por qué no limitarlo a torres de hasta 50 pisos, ya elevados, que es lo que existe ahora? Copacabana, en Río, una de las bahías más famosas del mundo, uniformó la altura de sus edificios a no más de 30 pisos. Aprovechar la vista al mar no conlleva destruir la armonía y funcionalidad de la avenida Balboa con torres de más del doble de la altura

de las torres Miramar. La cinta costera ayudará algo con sus áreas verdes, pero no resuelve el problema. Así podemos citar otros ejemplos a la vista de todos.

Es hora de tomar decisiones y actuar más allá de lo que se ha comenzado a hacer. Aplaudo a la Alianza Pro Ciudad. Las autoridades deben coordinar sus acciones con más coherencia, firmeza y visión del bien común. Los desarrollistas, viendo más allá de su proyecto, pueden apreciar las bondades, inclusive para ellos, de prolongar el auge adoptando criterios con sentido urbanista, funcional y estético. Pienso que estaremos de acuerdo en no ser tildados como el "nuevo rico" que demuestra un craso materialismo, carente de refinamiento cultural, estético y funcional.

La renovación de barrios pobres como Curundú es el otro reto urbanístico y social. La miopía no es buena amiga. Todavía podemos proyectar una gran ciudad para los panameños, con la función cosmopolita que el país ha de tener en el siglo XXI.

El autor es economista

EL DEBER DE SER JUSTOS.

La hora de la institucionalidad

Roberto A. Moreno de León

Quiénes somos padres nos preocupamos no solo por el presente de nuestros hijos, también por el futuro. ¿En qué condiciones estará el país para cuando nuestros hijos sean adultos? Eso depende de qué país queremos dejarles, porque pensar en el país que nos encontramos sería traspasarles una factura demasiado cara.

Muchos panameños y panameñas nos esforzamos por tener una conducta apropiada, trabajamos en pro del desarrollo, procuramos pagar nuestros impuestos, cumplimos las leyes y normas tanto de la vida como del país. Sin embargo, lo que muchos hacemos por el bien del país, otros lo desbaratan en un dos por tres (o en una cuatro por cuatro). Pareciera que les gusta ir en sentido contrario: su conducta no es transparente, impiden el adecuado crecimiento del país (haciendo

desfalcos en todo y a todos) y situándose por encima de las leyes.

Este comportamiento adverso incomoda a los primeros, quienes ven cómo cada cierto tiempo los segundos se acomodan en ciertas posiciones para aprovecharse de ellas, posiciones en las que se dan manejes de encubrimiento, manipulación y corrupción. Parafraseando a Ayn Rand en su obra **La Rebelión de Atlas**: Si quienes producen necesitan la aprobación de los que no producen. Si el dinero que fluye en el mercado no es a consecuencia del comercio, sino de favores. Cuando algunos se hacen más ricos a través del juego vivo y favoritismo. Cuando las leyes son aplicables dependiendo de quién seas. Y cuando se ve que violar la ley se recompensa, y se descubre que la honestidad se convierte en un sacrificio personal... ciudadanos, sabremos que nuestra sociedad está condenada.

Sabemos que son múltiples las reformas que se han iniciado en las

diferentes instituciones del país. Pero la principal reforma aún no ha llegado: aquella que alcance la conducta individual y colectiva de quienes, ejerciendo el poder otorgado por el pueblo, abusan de él, no tanto por falta de leyes, sino por el descaro de creer tener la autoridad (exclusivamente política, hago la salvedad) de estar por encima de ellas y de todos los panameños honestos, que en cada rincón de este pequeño y apreciado país madrugan con el cantar de un gallo para poder llevar el alimento, de manera honrada, a sus mesas. Sabemos que es el propósito del gobierno "la modernización del Estado" para lograr que se desempeñe de manera más ágil y que atienda de manera oportuna las demandas ciudadanas. Pero la modernización no solo implica tecnología y procesos, sino "reingeniería" en el comportamiento de quienes son los actores principales en esta nación. Sabemos que estos esfuerzos han contribuido poco a

poco, pero aún se deja mucho por hacer, pues cuando se es capaz de hacer más y no se hace, y cuando bueno no es suficiente si se limita a lo mismo de siempre, se atenta contra el país democrático que todos merecemos (un estado de derecho, con seguridad jurídica y una sólida institucionalidad).

Los panameños anhelamos un Estado eficiente, no solamente en lo económico, sino principalmente en lo que respecta a la transparencia, rendición de cuentas, aplicación de la ley y respeto de la ley. Un Estado facilitador, no ejecutor, con credibilidad (en base a su actuar ejemplar) convocante por su autoridad "moral" y legitimado.

Aspirar a la preservación y el fortalecimiento de nuestra institucionalidad para ser más prósperos implica atender la laguna y vacío existente a falta de la obediencia, tanto en la aplicación de leyes como en sus sanciones (o incentivos). No podemos ignorar la urgente

necesidad de fortalecer nuestra institucionalidad. La débil institucionalidad es nociva para lo social. No abandonemos la lucha de vivir en un país donde las reglas del juego sean concisas, claras y justas. No es solo un asunto del presente. Es un compromiso con el futuro, aquel tiempo próximo en el que nuestros hijos podrán servir mejor a la patria si logramos despertar a quienes tienen dormida la voluntad política necesaria para salvaguardar nuestra institucionalidad. No los decepcionemos. Logremos que nuestros hijos vivan en un país sin tantos sobresaltos y frustraciones. Que el legado que dejemos a nuestros hijos sea desde ahora para que el hoy no sea como el ayer ni el mañana como hoy. Para vivir mejor hay que saber aceptar el deber de ser justos: dejemos a nuestros hijos el país que tanto anhelarán (y que nos agradecerán).

El autor es presidente de CADE 2007